

---

---

▼

---

## Una cruzada por la democracia

---

*Federico Silva*

La colección, la reserva en el Archivo, es un dato, una nota muy importante que debe registrarse, que resume, de alguna manera, un momento histórico muy importante de la vida del país en condiciones muy trágicas y difíciles del mundo: la guerra acababa de terminar; sin embargo, se inicia casi y de manera inmediata la lucha por una tercera guerra, se inicia la Guerra Fría. El fortalecimiento que tuvieron todas las organizaciones profascistas –fascistoides– de México en el año de 1945 tiene todavía una fuerza considerable; en fin, se han vivido años trágicos que permitieron, quizá por la gravedad de los acontecimientos, que se reuniera un grupo de personas, sin ser partidarias de un partido, que ahora miramos tan extraordinariamente, conjuntado en un esfuerzo que frontalmente exponía un programa avanzado, crítico, en vías de sumarse a la lucha por fortalecer un gran frente, principalmente en defensa de la soberanía de la Nación y del progreso social del país. Era la campaña –¡claro! creo que en 1946– de Alemán, y puede decirse que si no había precisamente –antes de lo que hoy sabemos que ocurrió con el régimen

de Alemán-, en el mismo momento de la campaña electoral, una opinión mayoritaria del pueblo de México hacia la persona de Miguel Alemán, creo que sí puede decirse que había un consenso hacia el programa de la Revolución Mexicana; es decir, vivíamos todavía -aunque ya el régimen cardenista había quedado atrás y Ávila Camacho había hecho rectificaciones, pero quien tuvo que enfrentarse al problema de la guerra- una suma de objetivos que eran compartidos por la gran corriente revolucionaria. Se hablaba de la Revolución Mexicana como el gran objetivo.

Entre los propósitos que publica la revista está, para no leerlos todos: "Luchar, en fin, por el progreso ascendente de la Revolución Mexicana". Hace cincuenta años el concepto de Revolución Mexicana estaba lleno de contenido y había grandes sectores del pueblo -obreros, campesinos e intelectuales- que creían que era una vía, quizá la única vía posible, para el desarrollo independiente de la Nación. Eso propició que, junto con el fortalecimiento de todas las fuerzas de la derecha, grupos democráticos, de intelectuales y de artistas decidieran unirse en esta cruzada -la revista- que no tenía mucho destino porque no estaba estructurada, pensada, como una empresa comercial sino como una empresa política en la que todo el mundo aportaba generosamente y sin discusión su participación, daba su nombre, daba dinero, escribía u ofrecía algo para que esta publicación fuera posible. Por sí mismo, este hecho hace de la experiencia de aquella revista un hecho insólito, pero que se explica claramente a la luz de los acontecimientos, de los problemas y de las preocupaciones que las partes más conscientes de la sociedad mexicana advierten.

Yo no había vuelto a pensar -hace cincuenta años de esto, incluso por una cuestión de salud mental, por los errores cometidos de apreciación de la realidad de México, del arte también- en una etapa que padecimos, de la que yo fui actor de sectarismo, de gran sectarismo. El cambio de las cosas a lo largo de estos años, la rectificación de la manera de afrontar los objetivos, me hacían difícil recordar ciertos acontecimientos, ya que mi oficio, mi trabajo, mi responsabilidad fundamental como artista no es precisamente hacer política -como creí en aquellos años-. Es muy importante recordar en este recuento -del que Carlos Monsiváis ha hecho una descripción *collage*, una pintura muy exacta-, que efectivamente había condiciones totalmente distintas a las que hoy vivimos, que había una especie de credibilidad colectiva y, repito, el consenso se daba, en el caso de las elecciones alemanistas, alrededor

de un programa. El individualismo no se había impuesto en los términos en que ahora se muestra. Yo creo que —parafraseando, tratando de establecer paralelos o comparaciones entre aquellos y estos años— podríamos decir que el programa, las propuestas hechas en 1945 y 1946 por la revista son vigentes y no se han cumplido; y este programa ya no es de la Revolución Mexicana: este programa es de las nuevas fuerzas democráticas. La Revolución Mexicana desapareció y, naturalmente, hoy no hay consenso popular para un programa porque no hay un programa; quizá hubo consenso para un candidato a la presidencia de la República, a la persona que enfrentaba las distintas expectativas del elector, pero no hubo programa y no hubo consenso porque no hubo programas, porque desapareció la suma de ideales por los que luchó la izquierda unida, sectaria de un lado y del otro también, pero mucho más universal, compartida. Una cosa me sorprende: me puse a ver los datos de la revista y encontré personas muy prominentes como Orson Wells o Juan Marinello o Nicolás Guillén, quienes prestaban su apoyo a este esfuerzo.

Aparte de Anguiano, que podría decirse que es un superviviente, digamos que supervivientes activos somos Beltrán —quien sigue ejerciendo y militando en el periodismo— y yo. Entre los antecesores que también tuvieron que ver en este esfuerzo, están los presos Revueltas y Siqueiros. Pero ¿qué lección nos deja o de qué manera es útil, aparte de recopilar una serie de documentos de aquellos años, la experiencia terrible del acontecer en el escenario político, pero también las luchas, las vacilaciones, las preocupaciones, en el estricto campo de la estética y de la creación artística? Sin duda, en 1946 se publican íntegros y se resumen también una serie de artículos de *Mañana* y otras revistas de aquellos años. Me encontré, buscando algunos papeles, un documento de Siqueiros que fue muy atacado que tituló "No hay más ruta que la nuestra". Releí este documento para ver si tenía algo de vigente y qué tan censurable era la postura extrema de Siqueiros, odiado por la derecha culta por haber pronunciado aquella afirmación de que "no hay más ruta que la nuestra", satanizado sin ninguna piedad, pero también sin ningún sentido crítico de la historia y del tiempo. ¿Cuándo fue dicho eso? ¿en qué condiciones fue dicho aquello? Siqueiros ahí proclamaba un arte mayor, un arte público, un arte de Estado. Se podría pensar que en aquellos años, desde la perspectiva ideológica de Siqueiros, existía un arte de Estado, al observar que no sólo en la experiencia de la Unión Soviética sino también en la experiencia de la

Revolución Mexicana se daba el ideal de que fueran las instituciones gubernamentales, estatales, sociales o sindicales y demás quienes aportaran la base para que se produjera el fenómeno artístico-comunitario-social en el que todos tendríamos algo que ver. Pero desde luego, este es un pasado muy remoto, borrado en el ejercicio concreto artístico de hoy, y ya no tiene cabida aquella suma de afirmaciones que compartimos muchos; pero tampoco tiene que ver —y también se ha cerrado, y creo que se están abriendo nuevas vías— la otra cara del sectarismo: la derecha, la visión unilineal de un retardado anticomunismo que proclama Octavio Paz. Entre la posición de hoy de Octavio Paz y la de Siqueiros en 1946 yo no veo gran diferencia; sin embargo, son dos pasiones: una, para conservar y conquistar un mundo en el que se creyó, y otra, para ser el centro de un universo que sueña que reina sobre la Tierra. Por fortuna, hay nuevas vías.

Nuestra necesidad de supervivencia nos conduce a una visión diferente del arte en la que, desde luego, el actor principal es la preocupación formal, la investigación de la forma, la creación formal, lo que estaba satanizado como una desviación pequeño-burguesa, anticomunista y demás. Hay un horizonte nuevo en el ámbito de la política en el que podemos tener esperanza. El primer dato significativo de la nueva ruptura, no de la ruptura formal del beneficio de un arte puro contra el populismo sectario de los muralistas, es un nuevo camino que está a la vista: la participación de la sociedad civil, la toma de conciencia frente a los grandes problemas y el mundo del arte. Como este mundo y la reflexión pertenecen al campo del espíritu, es un compromiso también de los artistas, no en cuanto a su quehacer concreto de investigadores de la forma, sino como miembros de una sociedad que no puede permitir que la globalización constituya el rumbo a la Nación Mexicana, ni en la cultura, ni en la política, ni en el arte. Sería verdaderamente desastroso que las líneas a seguir fueran la carretera México-Chicago-Canadá, de las casas de juego y la cultura internacional; es decir, que ya no fuéramos nacionalistas, que ya no fuéramos mexicanos. Ahora estamos en el Tratado de Libre Comercio, y tenemos unos equivalentes en la cultura: que el artista piense que forma parte del primer mundo, que no crea que las cosas que lo rodean en su país y que los indígenas de Chiapas o del norte del país constituyen una base de preocupación sensible o un motivo para vibrar con una sensibilidad ante la defensa de lo básico, de lo fundamental para la Nación Mexicana y sus necesidades de supervivencia.

Yo me disculpo por haber dicho parte de las cosas que dije, no me arrepiento; pero me disculpo porque no había pensado en ningún tipo de discurso y menos había pensado interferirlo con estas cuestiones que ahora nos tocan tan de cerca. Pero si la revista *1945-1946* surgió como una necesidad vital, como una postura sensible, vibrante, de fe en la Nación Mexicana, no podemos dejar de tener esa postura para nuestro trabajo presente, y no para hacer alguna alabanza gratuita a Monsiváis. No quiero dejar de aprovechar el gran libro que está en circulación, que es una crónica, que a mi juicio será histórica, que resume, de una manera profunda, genial, novedosa, un momento de la vida de México, esencial, clave, pero que será un elemento de consulta para los años venideros.